

La ciclicidad mesoamericana y metamesoamericana (notas para una reflexión)

The mesoamerican and metamesoamerican cyclicity (notes for a reflection)

HILARIO TOPETE LARA

Escuela Nacional de Antropología e Historia, Mexico. (ENAH)

Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. (INAH)

topetelarah@yahoo.com

Recibido: 30 octubre de 2017

Aceptado: 06 de diciembre de 2017

Resumen:

Las investigaciones en torno de la noción del tiempo en Mesoamérica han coincidido en que el tiempo mesoamericano es cíclico. Esta idea parece no ser cierta. La cuenta del tiempo sí parece cíclica, pero no lo es. En Mesoamérica, los acontecimientos en el tiempo carecen de ciclicidad y más bien se presentan como espirales. En el presente ensayo propongo que la idea del retorno al punto de partida es una percepción equivocada. En la cuenta del tiempo, aunque sí regresa a un punto de partida, la idea del tiempo y los acontecimientos, se asemeja más al vórtex.

Palabras claves: Mesoamérica, tiempo, ciclicidad, vórtex.

Abstract:

Although research on the notion of time in Mesoamerica suggests a formation with a cyclical character, this essay proposes Mesoamerican notions of time are not, in fact, cyclical. The idea of returning to the starting point suggested by cyclicity is inadequate. Events in time appear as spirals. The idea of time and events is more similar to the vortex.

Keywords: Mesoamérica, tiempo, ciclicidad, vórtex.

Marcus Vitruvius Pollio (Vitrubio o Vitruvio, a secas) nació y murió en el siglo previo a la era cristiana; quizá, para muchos fue el Da Vinci de un milenio atrás. De su obra destacan, entre otras, catapultas, ballestas, el hipocausto, la aeolipile; escribió *De Architectura*, y, para no engrosar la lista de este ingenioso precristiano, proyectó la Basílica de Fanum (Italia). Esta construcción y esa obra escrita, al igual que Da Vinci carecerían de interés en este escrito de no ser porque uno de los dibujos más conocidos de Leonardo es el “Hombre de Vitruvio”, mismo en el que se explicita que la belleza está relacionada con la proporción natural y –me atrevo a agregar– con la obra más sorprendente del universo: el hombre (el ser humano como parámetro de la belleza, según Da Vinci y Vitrubio). Pero hay algo más inquietante en el antecitado dibujo: su inscripción dentro un cuadrado y éste, al parecer, al menos parcialmente, dentro de un círculo; esto, sin omitir, entre otras peculiaridades estéticas, la proporción cabeza/cuerpo, la coincidencia de los radios en el *omphalus*, y la intersección de las mediatrices del cuadrado coincidiendo en el arranque del pene.

Quizá no se trate de una inscripción geométrica azarosa o de una circunscripción simple, sino de una proyección y una transformación. En efecto, todo indica que estamos en presencia de dos símbolos entrelazados, fusionados: un acto de transformación de un cuadrado en círculo (“la cuadratura del círculo”) y en medio de una o la otra forma, el hombre, es decir, proyecta una visión antropocentrista de la que el propio Vitruvius era heredero en tanto beneficiario de la manera helenista de entender al mundo y a los seres humanos. Pero si se tratase de un diálogo entre

símbolos, ¿qué significan el cuadrado y el círculo, en cuyo centro se encuentra el hombre? Y todo ello, ¿tendría alguna relación todo ello con la ciclicidad mesoamericana¹ que parece ostentarse –con cierto halo de originalidad y rasgo peculiar– en diversas representaciones iconográficas del mundo prehispánico, como en el llamado Calendario Azteca, si pensamos que en su centro se encuentra Ehécatl– Tonatiuh² (con rostro humano) y no un hombre como en el dibujo de Da Vinci?

El círculo, el cuadrado y el espacio sagrados

En diversas culturas del planeta, *circulus* es la representación simbólica de aquello que no tiene fin como lo es la propia figura (tampoco tiene principio, como los seres divinos), por ello, ha estado asociado al tiempo –eterno– y al espacio –infinito–. La noción de ciclicidad solar, lunar, estacional, vital y de los acontecimientos, ha sido representada en formas circulares: las casas zodiacales, la piedra de Atzayácatl (Calendario Azteca), los meses del año, las horas del día y el día mismo, etcé-tera. El cuadrado, a su vez, es la resultante de un cosmos que tiene cuatro puntos cardinales o cuatro rumbos ordenados a partir de un eje fundamental: oriente/poniente, sobre el cual se obtiene el eje norte/sur con el solo movimiento del sol (*infra*).³

Entre los mesoamericanistas es cosa sabida que la orientación de los basamentos piramidales evidencia una orientación cósmica: los ejes norte/sur y este/oeste (no sin oscilaciones de por medio en algunos de ellos) son una constante nada gratuita; los marcajes equinociales y solsticiales, tampoco lo son, aunque las constelaciones también estuvieron en el origen del diseño arquitectónico; en tal virtud, construcciones como el Edificio J de Monte Albán, suelen ser motivo de extrañezas. Pero entre los estudiosos del simbolismo cristiano, los marcajes cósmicos y los ejes antecitados fueron, durante siglos, una constante. Veamos.

Desconocemos cómo se trazaron los ejes en mesoamérica, pero el canon para la construcción de un templo cristiano se basó en Vitrubio hasta fines del Medioevo, estacando un gnomon sobre el suelo, de manera vertical: al amanecer y al atardecer, el estilete ha proyectado dos puntos extremos que, unidos por una línea, marca el *decumenus* o eje este-oeste; el establecimiento del eje norte-sur lo mismo se realiza con el cuerpo humano o con un objeto magnético (con todas las implicaciones que supone que el norte magnético no coincide con el norte de la roseta), utilizando una escuadra justo en el arranque del gnomon siguiendo el eje este-oeste o, por citar un último ejemplo, con la observación del desplazamiento de Alfa de Lira para establecer el norte en su punto medio, como hicieron los incas.

Ahora, ¿cómo se establecía el eje este-oeste o *cardo* y el norte-sur cuando aún no había escuadras y se requería la forma de un cuadrado o un rectángulo? Luego de establecer el *decumenus*, se segmentaba la recta con la longitud deseada y con la misma extensión de cuerda (compás), en los puntos radiales obtenidos con el eje se trazaban circunferencias; estas nuevas circunferencias producen, cada una, nuevos puntos radiales que se unen según su círculo y se intersectan con el eje inicial; enseguida se traza una circunferencia tomando como radio el punto de intersección de sendas rectas y su distancia al punto “cero” del primer círculo; esta nueva circunferencia intersectará con la recta antecitada y si se une el punto “cero”, con la intersección lograda se obtiene

1 Al referir a “ciclicidad mesoamericana”, dado el carácter de –y el espacio disponible para– este ensayo, es menester aclarar que esta generalización refiere, fundamentalmente a algunos pueblos de matriz cultural mexica y maya, entre otras.

2 Según el *Códice Chimalpopoca*: *Anales de Cuauhtitlán y leyenda de los soles* (Feliciano, 1992) y la *Teogonía e Historia de los mexicanos* (Garibay, 1979), entre otras fuentes, el Calendario Azteca expresa las cuatro edades y sucesivas creaciones del mundo (soles) que antecedieron al mundo que hoy vivimos. Al centro de todos los bajorrelieves, se aprecia un rostro de Ehécatl-Tonatiuh enmarcado en el signo *ollin* (movimiento), que indica el sino de la era presente: su exterminio entre movimientos de tierra, temblores. Para efectos de ampliación, puede leerse, entre otras obras, las supraescritas y *El universo de los Aztecas* (Soustelle, 1983, pp. 102-106).

3 A propósito de la sacralidad del círculo y el cuadrado, Jean Hani ha realizado un magnífico estudio en torno del círculo, el cuadrado, el templo y el cosmos en el capítulo tercero de su *El simbolismo del templo cristiano* (Hani, 2008, pp. 25-31). Parte de las ideas vertidas en el presente apartado, tienen como base ese estudio de referencia.

la primera y segunda mediatriz de los ángulos del cuadrado. Al repetir la operación con el otro círculo, se obtienen las cuatro que, unidas en el primer gran círculo, nos produce un cuadrado perfecto. Se ha obtenido así, “la cuadratura del círculo”. Y, ¿Para qué sirve esta descripción? Si seguimos a Mircea Eliade (2011, pp. 19-30), lo que se ha fundado con el cuadrado y el círculo son las formas fundamentales del universo con un punto compartido del que parten radios y bisectrices equidistantes según la forma de referencia, (pero ese punto es también un centro cósmico, aunque principalmente solar, como vimos): se trata del centro sagrado por excelencia, el *omphalus* cristiano que marcará, en muchísimas construcciones, el sitio apical de la cúpula desde donde arrancará la cruz que las corona.⁴ Variantes más, variantes menos, con rectángulos alineados con el eje solar, los templos cristianos siguieron –durante siglos– la misma simbología, la misma geometría sagrada tan cristocéntrica como heliocéntrica (y antropocéntrica, como veremos).

En efecto, el templo cristiano es un cosmos con el sol al centro; es tan cósmico como los alineamientos crómlech en círculo de Stonehenge, un basamento piramidal mesoamericano o una Puerta del Sol en una *Huaca* andina. Se orienta y se construye conforme con un principio cósmico: una sucesión de cuadrados o un rectángulo para formar una nave en forma de cuerpo humano (no necesariamente), con un centro-círculo en cuya centridad se coloca el *gnomon* que es un *axismundi*, a la manera de la continuidad *Ūkhume-p'arankwa-Anahpu*⁵ (entre los *p'urhépecha*), *Minchemapu-Mapu-WenuMapu* (entre los mapuche) cuyo centro es el *omphalus*. Y ese templo, o ese hogar, es el lugar sagrado donde se expresa una continuidad entre los ancestros (en el hogar o en la *p'arankwa* en cuyos interiores se entierra a los ancestros y el cordón umbilical de los vivos; lugar del *Mictlan* entre los mexicas), los vivos (*kaypacha* entre los incas; tierra entre los cristianos; *Cem Anáhuac* mexica) y el cielo (el *Hanan Pacha* incaico; tierra entre los cristianos; *Omeyocan*, entre los mexicas). Y una vez llegado al punto, ¿Cuál es la distancia entre un templo cristiano o un centro ceremonial mesoamericano o andino prehispánico? Esencialmente, ninguna, lo que necesariamente debería llamar la atención. Y allí, en medio de los curiosos hay antropólogos y etnohistoriadores de por medio...o Levi-Strauss tenía razón y los seres humanos somos y funcionamos de manera estructuralmente homogénea o, al menos, de forma muy similar, como consideran algunos neurocientíficos como David Biello al referirse al pensamiento mágico y/o religioso común a la especie debidos a un gen aún no estudiado del todo (Kaku, 2014, pp. 261-263). Según esta última y seductora idea, los seres humanos somos naturalmente proclives a creer.

El círculo, el cuadrado y el tiempo sagrados

Los estudiosos de la prehistoria coinciden en que el primer marcaje del tiempo fue el día, asociado al sol, y que la primera ciclicidad de la que tuvo conciencia el hombre fue la sugerida por la luna. Cuando se pudo contabilizar, se contó por días y lunas, al parecer; otro de los marcajes cíclicos tuvo que ver con los periodos de estiaje y de lluvias, las dos estaciones primordiales. La regularidad cíclica del sol pudo percibirse con la sedentarización temporal y los inicios de agricultura (la agricultura misma impuso el perfeccionamiento del conteo), y la regularidad del retorno se estableció con puntos fijos y desplazamientos en horizontes con puntos fijos también (cerros, entre ellos). Los lugares fijos también fueron con frecuencia los sitios de sacralidad axial. De los marcajes naturales habría de pasarse a los artificiales. Esto, claro, implicó registros, ensayos, cál

4 La noción de centro sagrado es más común de lo que pensamos: la ceiba sagrada de los mayas, que une al cielo con los inframundos, la ceiba abacú yoruba, la Huaca de la Luna en la cultura moche; el árbol Yggdrasil de los pueblos nórdicos, el Fuji de los japoneses, el Monte Meru de los indúes, el Haraberezaiti iraní y el Kien Mu de los chinos, entre muchos otros, así lo muestran. Asimismo, en muchos de ellos (y otros más que por espacio y sentido del ensayo no incorporamos) el símbolo indica que allí se unen el (los) cielo (s), la tierra y el (los) inframundo (s).

5 *Ūkhume* (inframundo)-*p'arankwa* (hornilla)-*anahpu* (paraíso). Entre los *p'urhépecha*, como entre otras etnias mesoamericanas, el condón umbilical del recién nacido era enterrado bajo la hornilla. De hecho, la *p'arankwa* es sólo una referencia al objeto asentado en la tierra (*echeri*), en la que viven los *p'urhépecha*.

culos, correcciones y decisiones definitivas: la precisión significaba la supervivencia, pero también el poder.

Los retornos de la luna y los del sol, al parecer dominados históricamente en ese orden, dieron origen a sendos sistemas calendáricos,⁶ como ocurrió en Mesoamérica, donde se había logrado con el enlace de un sistema de numeración de base veinte combinado con una trecena de casas para un total de 260 días, a todas luces, inexacto para fines agrícolas, pero útil para contar el destino, los caminos de la vida asociados con astros (Sol, luna, Marte, Venus, Saturno y Mercurio), dioses, signos y 13 números, como hacían los mexicas con el *tonalpohualí* y los mayas con el *tzolkin* (*bucxok*). El otro elemento del enlace se lograba con el mismo sistema de numeración en interacción con 18 casas para una aproximación al ciclo solar; las inexactitudes fueron subsanadas con un aumento de cinco días llamados *nemoteni* (funestos) con los que se configuró el *xihuitl* (mexica) o *haab* (maya).⁷ Pues bien, el calendario fue llenado con fiestas, ceremonias, rituales que daban sentido a los días y a las estaciones que se vinculaban con un cada año más necesario y eficiente ciclo agrícola: así aparecieron los días de los granos tiernos, los de las peticiones de lluvia, los de las cosechas, etcétera, y todos ellos se sucedían con una pasmante regularidad. El conteo del tiempo se representó de manera circular y, para mesoamérica fueron cuatro ciclos que los que al articularse en giros como en un sistema de engranes permitieron hacer cuentas de cierta longitud por ciclos de 52 años (*xiuhmolpilli*).

La forma de representación de esa ciclicidad agrícola y cósmica, al ser estudiada por antropólogos, filósofos y muchos otros estudiosos generó la certeza de que el tiempo mesoamericano era cíclico, lo que, simplemente, confirmaría que la concepción del tiempo mesoamericano no se distanciaba cosa alguna de las concepciones del tiempo del resto de los pueblos y culturas o, ¿se trataba acaso de una extrapolación, hacia Mesoamérica, de lo que se sabía del resto del mundo, pero que no se reconocía para occidente?. En efecto, la casi exclusividad de cierta noción de un tiempo lineal en occidente ha sido más una ficción que realidad: occidente también está pendiente de los cumpleaños, de los años nuevos, de los inicios de los ciclos escolares, de sus fiestas religiosas, de los festivales estacionales, de los lustros, las décadas y, entre muchos otros marcapasos cíclicos, de las centurias. Occidente y Mesoamérica son tan cíclicos como los chinos, los indios y los bosquimanos.

Pero, aún en los casos de occidente, los mesoamericanos y cualquiera otra cultura, la ciclicidad me parece también más una ficción que una realidad. Veamos.

En conversaciones logradas con personas vinculadas con las fiestas y conmemoraciones, ritos y rituales (agrícolas y religiosos, entre otros) facilitados desde los sistemas de cargos o las mayordomías, pude corroborar que las fiestas pautan la vida en las localidades, como en ciclos; también pude percibir que existe la proclividad a hacer las cosas como se hicieron antes, como si se tratase de repetir lo que en un tiempo difuso se hizo y tenía significación, como si el poder de “El costumbre” fuese irresistible y nadie pudiese salir de la norma; sin embargo, cuando se logra una comunicación más allá del rapport y se generan las posibilidades de reflexionar conjuntamente con los informantes, también apareció la idea del “ya no es como antes” (o “más antes”), y dan cuenta de los “por qué”. Es diferente. Y si bien es cierto que hay un momento en que se cierra un ciclo de cargueros, o agrícola o mariano o jesuino, lo que aparece es justamente eso: la abolición o clausura de un tiempo pasado para iniciar uno nuevo que es diferente del anterior. ¿Cómo se podría representar? ¿acaso el círculo que se cierra sobre sí es lo más certero metafóricamente hablando? Yo no lo suscribiría. Y esta idea no es en absoluto nueva.

6 En algunas sociedades, como la babilónica, el calendario lunar pervivió más allá de los calendarios solares mediante una serie de ajustes luego de la inserción de meses lunares en periodos arbitrarios hasta que apareció el periodo metónico, hacia el siglo V a. C.

7 Adicionalmente, los mayas descubrieron que el ciclo sinódico de Venus, evitaba la suma de cinco días al calendario solar ($18 \times 30 = 360$ días a los que se sumaban, en un “año regular” cinco días para ajustar a un ciclo solar. El ciclo venusino constaba de 584 días).

A propósito de la linealidad y de la ciclicidad, décadas atrás ya se tenía la certeza que “La eternidad original, el tiempo primordial y el tiempo actual se enlazan en una continuidad, que es simultáneamente lineal (porque los hechos no se repiten) y cíclica (porque los acontecimientos se ajustan, sin embargo, a un ‘patrón recurrente’).” (Tena, 2002, p.45) A lo que habría que agregar que se ajustan sí, pero de manera muy general: las especificidades siempre entran en la vorágine de los cambios posibles y reales, según sea el tiempo desde donde se vean.

Los marxistas, los hegelianos y los complejos, también estarían en contra de una hipótesis tan simple como esa. En realidad la concepción del tiempo cíclico pareciera como un círculo que vuelve a su punto de partida, sin embargo, no es así: llega a un punto en que se desprende –“se desata”, dirían los mexicas- de su curso e ingresa en otro ciclo, como formando una espiral porque no se produce ni se reproduce en lo sucesivo lo que fue sino que cada punto del futuro es una nebulosa (de allí los ritos propiciatorios) cuyo despegamiento del pasado y del presente depende de la acción humana y sagrada para propiciar, fortalecer o agradecer. Así, el calendario lunar y el solar son mecánicos, repetitivos del pasado, sólo si se le piensa en una aproximación referida al pretérito, por la memoria; pero lo que en el tiempo ocurre, ha ocurrido y ocurrirá, nunca han sido, ni serán, iguales.

Y todavía más allá: los complejos dirían que se trata de bucles (aún no entiendo la diferencia entre una espiral y un bucle; como metáforas son semejantes, para mí, al menos) del bucle agrícola y del bucle religioso que tienen su propio sentido cada uno y comparten sentidos entre sí; bucles enlazados y necesarios el uno para el otro si se trata de dotar de sentido a las prácticas agrícolas, a la religión, a la vida misma. Pero ese doble bucle, a su vez pareciera moverse merced a una fuerza mayor –a la vez desplazándose en espiral- que los hiciera girar; es decir, como si se tratase de un efecto vórtex: el ciclo de 260 días y el de 365 confluyen en un segmento del giro cada 52 años, temporalidad también cíclica; pero los acontecimientos y el devenir en uno y en otro no son ciclos.

Atando cabos

El círculo y el cuadrado mesoamericanos son símbolos primordiales: el cuadrado representa los rumbos del *Cem Anahuac*, de la *Pacha Mama*, el *Mapu* (mapuche) la tierra misma y el universo; el círculo muestra la ciclicidad, los eternos retornos de la cuenta del tiempo (no de los acontecimientos). Pero también en el simbolismo cristiano se tiene la misma significación, incluso el *axis mundi* del universo prehispánico, que enlaza los cielos, la tierra y los inframundos, está allí, en el centro del círculo y del cuadrado que se prolonga a través de la comba de la cúpula en cuyo centro de coloca el palo mayor de la cruz; el círculo y el cuadrado parecen significar la unión y la totalidad. Luego, ¿cuál es la distancia? Al parecer, ninguna. Incluso, la pretendida ciclicidad del tiempo que se ha exaltado entre las sociedades mesoamericanas es similar a la ciclicidad del tiempo en occidente: los fines de año que abren paso al nuevo año; el marcaje del tiempo por las cíclicas celebraciones a los santos, los cumpleaños cíclicos, etc., indican que occidente también concibe su tiempo en ciclos (sagrados o profanos, no importa) que son más espirales en términos reales.

En efecto, la percepción de los ciclos, sus marcajes y sus estaciones, es una concepción errónea: las etnografías acuciosas por tiempos prolongados nos dicen que los ciclos, aunque su movimiento parece evidenciar inamovibilidades (la cuenta siempre regresa a un punto de inicio, aunque el tiempo y los acontecimientos nunca son los mismos), formalmente hay variaciones. Lo primero nos permite llegar a la esencia de lo comprometido en el ciclo; lo segundo, percatarnos de que no existe un ciclo, “una serpiente que se muerde la cola”, sino una espiral, un bucle. En efecto, los eternos retornos a las refundaciones siempre implican un nuevo mundo (creación), una nueva vida; luego, pareciera que se regresa, que se anhela regresar a un mismo punto, pero de lo que se trata es de abolir, de clausurar lo viejo y producir el espacio para lo nuevo, donde se anidan los sueños, las utopías, el cambio, el tiempo hacia donde se transita. Cada ciclo implica una renova-

ción y, en ese tenor, algo diferente: dos espirales de acontecimientos una de larga duración y otra de duraciones breves enlazándose en una línea curva que se cierra en sí misma para crear un bucle más poderoso que engarza a los anteriores (*xiumolpilli*). Esto nos lleva al vórtex.

Conocemos el vórtex del sistema solar y sabemos, desde hace décadas, que el sol no es una bola incandescente que está fija en un punto del universo y que tampoco los planetas giran en órbitas fijas; al contrario: el sol se desplaza por el universo (espacio curvo) a 70 000 kilómetros por hora (lo que implica, por el roce, giros) y “arrastra” a los planetas girando en torno de sí, pero el desplazamiento se produce en espirales; a su vez, los satélites son arrastrados en espirales; es decir, se trata de un múltiple juego de espirales, aunque durante siglos se tuvo la idea de un sol dinámico, pero fijo en el espacio y planetas girando alrededor. Ahora, ¿qué sentido tiene esto? Veamos.

En los intentos por entender el tiempo de los pueblos mesoamericanos y los andinos, dependientes en muy buena medida de la agricultura, el énfasis fue colocado en los mecanismos para la cuenta del tiempo y no en la percepción de los acontecimientos en el tiempo, ni la concepción del tiempo mismo. Lo que regresa al punto de partida en el *xiumolpilli* no es el tiempo, ni lo que pasa en él, sino un punto convencional dispuesto entre los dos calendarios. Si cambiamos la mirada, la Leyenda del Quinto Sol –y la cosmovisión– toman un giro alterno: la vieja idea de que el tiempo es cíclico pasa a la historia y se convierte en un tiempo lineal, irrepetible,⁸ pero contado cíclicamente mediante ciclos lunares y solares aunque con plena conciencia de que nunca un *xiumolpilli* fue semejante a otro: una lectura –aún la más descuidada– de la Tira de la Peregrinación (Códice Boturini) (Lejarazo, *et al.*, 1991) nos dice que los acontecimientos prosiguieron. Lo que se repitió fue una ceremonia, el encendido del Fuego Nuevo, no el tiempo ni lo que en él ocurrió.

Ahora, tanto la ceremonia de encendido del fuego nuevo como el llamado Calendario Azteca fueron diseñados en honor del sol. Esta concepción religioso-heliocéntrica es la que se adhirió al rito y a la roca, de allí un sol inserto en un círculo y éste dentro de un cuadrado virtual formado por las aristas de cuatro ángulos, los cartuchos donde están representados los cuatro soles precedentes al actual. Adicionalmente, la representación del sol (Ehecatl Tonatiuh) con rostro humano indica que los dioses ya habían sido antropomorfizados (de hecho, había ocurrido desde tiempos olmecas más o menos tres milenios antes de nuestra era). Con el cosmos aún no ocurría lo mismo.

Referencias

- Eliade, Mircea (2011). *El mito del eterno retorno*. Madrid, Alianza Editorial.
- GaribayKintana, ÁngelMaría (1979). *Teogonía e Historia de los Mexicanos*. México, Porrúa.
- Hani, Jean (2008). *El simbolismo del templo cristiano*. Barcelona, SophiaPerennis.
- Kaku, Michio (2014). *El futuro de nuestra mente*. México, Debate.
- Soustelle, Jacques (1983). *El universo de los aztecas*. México, FCE/CulturaSEP/CREA.
- Tena, Rafael (2002). *La religión mexica* México, CONACULTA-INAH.

Bibliografía

- Feliciano Velázquez, Primo (1992). *Códice Chimalpopoca: Anales de Cuauhtitlán y leyenda de los soles*. México, UNAM.

8 La atadura de los años que se celebraba con la ceremonia del fuego nuevo entre los mexicas cada 52 años, aunque también entra en esta concepción de tiempo lineal, está sometida al fenómeno del bucle. Aunque la atadura se simboliza de la misma forma, nunca implicó el eterno retorno ni del tiempo, ni de los acontecimientos.